

**Schememann, Alexander**, *Introducción a la teología litúrgica. A la luz de la tradición de la Iglesia ortodoxa*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2021, 253 pp.

La colección Verdad e Imagen de la prestigiosa editorial Sígueme se enriquece con su volumen 216, que el sacerdote ortodoxo y profesor en varios centros Alexander Schememann (Tallin, Estonia, 1921), dedica al tema de la Liturgia a partir de la tradición ortodoxa. El estudio pretende dar una respuesta eficaz y sólida al problema litúrgico generado tanto en Oriente como en Occidente, como consecuencia del descuido en el estudio de la ciencia litúrgica.

Este aspecto aparece ya al inicio de la extensa Introducción, dividida en cinco puntos, y cuya intención es, en primer lugar, exponer, brevemente, el recorrido histórico del movimiento litúrgico, resaltando los hitos y algunos estudiosos que hicieron posible el renacer de las cuestiones litúrgicas, tanto en la tradición católica como en la ortodoxa (p. 11; p. 17). Otro objetivo es la definición de la teología litúrgica para la que son determinantes los siguientes conceptos: culto, símbolo-simbolismo, rito. De modo que se pueda alcanzar una comprensión adecuada de la teología litúrgica es necesario actualizar la armonía entre la *lex orandi* y la *lex credendi*, con el fin de aclarar con precisión la relación entre el acto público del culto y la Iglesia (p. 18). Tanto la naturaleza como el objeto de la liturgia son imprescindibles para proponer una actualización de la ciencia litúrgica: ambos elementos constituyen la arquitectura intrínseca de la vida cultural.

El profesor presenta también los errores que a lo largo de la historia han devaluado el sentir litúrgico de la Iglesia, simplificando el sentido de culto y reduciéndolo a un mero ritualismo. Es necesario que se tengan en cuenta para poder considerar el estatus de la ciencia teológica litúrgica, ya que “sin teología litúrgica nuestra comprensión de la fe y doctrina de la Iglesia está condenada a ser incompleta” (p. 21).

Más adelante se destaca con bastante claridad la necesidad de una metodología de la teología litúrgica que apunte a la evolución de la liturgia. Con ello se demuestra, además, que, a partir del objeto (culto) y del sujeto (Iglesia) de la liturgia, es necesario llegar a una visión global del entero edificio de la vida cultural: las rúbricas que acompañan este camino son necesarias no solo desde su punto de vista extrínseco (ritos), sino también intrínseco (sentido del rito). La Introducción concluye con unas reflexiones del autor acerca de la crisis litúrgica actual, de modo especial en la Iglesia ortodoxa; esta crisis se centra, especialmente, en la confusión del culto con la Iglesia y viceversa. Cuando predomina el culto sobre la Iglesia, entonces, con facilidad, la función eclesial depende directamente de la vida cultural. Por el contrario, es urgente recuperar la confesión acerca de que el culto es expresión de la Iglesia, de su experiencia como sujeto orante. Recuperar el sentido auténtico del misterio, ofrece al creyente la posibilidad de volver a una experiencia eclesial menos jerárquica (sin que por ello se niegue la confesión de fe de los ministerios) y más profunda. Finalmente, el profesor advierte con preocupación que muchos fieles ortodoxos aman todo aquello que rodea a la Iglesia en su aspecto externo (ritualista), pero sin embargo no se preocupan por aprender el significado de aquello que celebran, el sentido último del misterio expresado en el culto público. Muy bien podemos advertir algo semejante en la tradición católica, y asumir como nuestro el problema con el fin de buscar una solución eficaz y, sobre todo, eclesial, de y para la Iglesia.

Finalizada la Introducción, que ofrece al lector un panorama amplio de la situación litúrgica actual, se abren cuatro capítulos centrados todos ellos en el concepto y significado del

*ordo*, elemento nuclear en la tradición litúrgica ortodoxa y punto de partida de las consideraciones litúrgicas que siguen. En el capítulo 1, dividido en cuatro apartados, el autor se centra en la definición y los pormenores del *ordo*. El *ordo* es en la tradición oriental lo que para la tradición occidental son las rúbricas: el organigrama y conjunto de normas destinadas a la celebración. En la tradición ortodoxa dicho *ordo* está contenido en el *Typicon*, o libro ritual por excelencia. Sin embargo, existe el problema de una colisión bastante fuerte entre el contenido del *ordo* y la praxis litúrgica en las distintas comunidades; y esto no siempre porque no se siga el contenido de la norma, sino porque la interpretación de la misma varía notablemente. Por ello es necesaria la actualización constante del *ordo* con añadidos explicativos. Ante la problemática del *ordo*, en su contenido y en su significado, cuyo empleo exige buen juicio y sentido práctico, emerge otra circunstancia preocupante: las discrepancias entre la norma y la vida litúrgica de la Iglesia. Estas divergencias aparecen, sobre todo, cuando se trata de normas absolutas o simplemente locales; cuando se pretende renovar o revisar el *ordo*, para algunos fieles, afirma el autor, esto es impensable o herético; o, también, el sentido contrario: en algunas iglesias ortodoxas el *ordo* es sencillamente una base aproximativa de lo que se celebrará después, sin que sujete a demasiadas obligaciones rituales. En definitiva el *ordo* puede derivar en ley, norma incomprensible o costumbre, y, en consecuencia, se pregunta el autor si esto se “corresponde al culto en espíritu y verdad que la Iglesia ha de ofrecer a Dios en cuanto pueblo de Dios, sacerdocio real, estirpe escogida, cuerpo de Cristo” (p. 43). El *ordo*, en su visión general, no puede desligarse del culto ni ofrecer espacio a una incompreensión o desnaturalización de la liturgia, sino que debe acompañar a la Iglesia hacia una revitalización, cada vez mayor, del sentido cristiano del misterio; el *ordo* tampoco determina una ley concreta haciéndola inamovible, sino que la adapta a situaciones concretas.

Dentro del organigrama y la distribución del *ordo* son fundamentales el sacramento de la Eucaristía y la liturgia del tiempo: ambos aspectos determinan el arco de la expresión cultural de los fieles. Mientras que desde la teología dogmática se insiste en la distinción entre culto sacramental y culto no sacramental, el autor advierte que en la teología litúrgica eso no es posible: sería como desligar el factor mismo eucarístico de la santificación actualizada y cotidiana del tiempo. El *ordo*, entonces, ha de clarificar con especial pericia que la Eucaristía es un elemento también integrado en el tiempo, que no repite un acontecimiento único, sino que lo actualiza, que no está sujeta al tiempo pero que lo alimenta con su misterio eterno. El capítulo concluye con una breve síntesis acerca de las tendencias litúrgicas modernas, que desembocan, fundamentalmente, en los extremos de considerar la Eucaristía como la única y más perfecta expresión del culto; o la de un acercamiento reductivo a la santificación del tiempo. Para salir al paso de tales errores, el *ordo* deberá clarificar la comunión e interacción en la entera vida cultural de la Iglesia. Las últimas páginas del capítulo son un *Excursus* sobre la práctica actual de la Iglesia ortodoxa en su expresión de la liturgia del tiempo.

Tras la presentación de la problemática del *ordo*, el autor pasa, en el capítulo 2, a exponer históricamente el origen del *ordo* en los primeros siglos. El capítulo está dividido en 7 apartados que, en sentido lineal y metodológicamente bien ordenados, contienen el desarrollo del significado histórico del *ordo*, comenzando por el origen de lo que se denomina liturgia del tiempo. Para no pocos especialistas el concepto de liturgia del tiempo no está presente en la Iglesia primitiva y sitúan su punto de arranque en el monacato del siglo II, al que denominan como una revolución litúrgica (p. 56), aunque de manera privada; hasta

llegar al siglo IV en el que las formas privadas de oración se incorporan al culto oficial de la Iglesia. La conclusión de las afirmaciones precedentes es que el *ordo* no podía existir en su forma actual, sino que fue el fruto de una constante transformación. Sin embargo, en época no muy lejana, otras tesis contradicen la anterior, afirmando que la liturgia primitiva se anclaba en la judía, tradición, la hebrea, que fija su ritmo litúrgico de acuerdo al ciclo temporal, y no sería extraño que el cristianismo incorporara, desde su origen, la misma estructura.

Después de presentar ambas tesis, el autor explora el significado de la base judía del culto cristiano, aspecto olvidado durante mucho tiempo, en parte por haber preferido desde edad temprana (siglo II) la tradición proveniente del helenismo, pero que en la actualidad queda perfectamente demostrado: la dependencia del culto cristiano del sinagoga. La naturaleza y la importancia de esta relación entre ambos cultos es lo que continúa afrontando nuestro profesor. Los datos que ofrecen sobre todo los evangelios y el libro de los Hechos permite observar que desde el principio tanto Jesús como los apóstoles son fieles a las tradiciones culturales judías. Sin embargo queda claro que Jesús inaugura una nueva forma de culto, tanto intrínseca como extrínsecamente. Los primeros cristianos no dudaron en establecer el rito de acuerdo a una serie de prototipos de herencia judía. La novedad anunciada y propuesta por Jesús queda de manifiesto en la praxis litúrgica en el templo y en las casas, una de las primeras revoluciones y cambios con respecto a la base judía. Y, por supuesto, el fondo doctrinal de la cuestión: paulatinamente los primeros cristianos advierten que no era necesaria la espera del Mesías, había llegado ya en la encarnación del mismo Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, verdad que determinará la vida litúrgica desde aquel momento. Las fórmulas neotestamentarias “Jesús es el Cristo” y “Jesús es el Mesías”, para nuestro autor son pruebas suficientes para admitir que los primeros cristianos comprendían que lo que experimentaban no era el nacimiento de una nueva religión, sino la plenitud y el cumplimiento de la única religión verdadera (p. 67). La novedad de la que habla el estudioso no significa una mera síntesis entre lo antiguo de la religión sinagoga y lo nuevo que ofrece Jesús, ni tampoco que el nuevo culto rechace el antiguo, sino la síntesis de ambas Alianzas (Antiguo y Nuevo Testamento) que desembocan en la confesión y celebración de los misterios ligados al Hijo de Dios. El profesor emplea la expresión “dualismo litúrgico” para analizar lo que ocurrió tras la ruptura definitiva con el judaísmo, es decir, cuando concluyó el período histórico del judeocristianismo.

La Eucaristía, punto determinante en la Iglesia naciente, mantuvo prácticamente la estructura (*sinaxis*) sinagoga para celebrar la novedad de la cena pascual de Jesucristo, naturalmente mediante un fuerte proceso de adaptación que cuenta con la inclusión en la celebración de la liturgia del tiempo, como elemento esencialmente cultural que implica la doctrina escatológica del cristianismo y la santificación del tiempo. Siguiendo con la idea del dualismo litúrgico, nuestro autor aborda a continuación la relación entre el día del Señor para los cristianos y el Sabbath para los judíos, y señala que, en la Iglesia primitiva, el domingo, en el que se celebra la resurrección de Jesucristo, no es sustituto del sábado judío, puesto que ambos son celebración de la santificación total por parte de Dios, de la plenitud absoluta de la nueva creación, de la visión cosmológica de la presencia divina en medio de los hombres. Lo que surge como novedad en la visión cristiana del octavo día es la inauguración y plenitud de los tiempos mesiánicos, en virtud del misterio pascual de Jesús, el Señor. Al relacionar la Eucaristía con el domingo, la Iglesia primitiva incluye

también la idea de la santificación del tiempo, que depende de la experiencia personal y comunitaria del sacramento.

El siguiente punto que aborda el profesor se refiere a las horas dedicadas a la oración, en clara conexión con el tema de la santificación del tiempo, y afirma que, aunque no se observa con precisión una distribución orgánica del horario cultual en los primeros siglos, sí encontramos testimonios que evidencian la santificación de las horas y los tiempos mediante la oración personal y comunitaria (eclesial).

El capítulo se cierra con el apartado dedicado al año litúrgico, principio fundamental (p. 96) de la *lex orandi* de la Iglesia primitiva, según nuestro estudioso, basado, sobre todo, en las fiestas de Pascua y Pentecostés, como expresión definitiva del culto litúrgico.

En el capítulo sucesivo, el tercero, nuestro autor continúa presentando cuestiones históricas sobre el desarrollo del *ordo*, en esta ocasión centrándose en los siglos IV y V. El capítulo está dividido en cuatro sustanciosos puntos que abordan el asunto desde el punto de vista de la piedad, del culto y del monacato. El siglo IV constituye una enorme variación del culto cristiano, verdad que no deja de ser una crisis en la Iglesia que se ha visto liberada de las persecuciones. El tema está en las opiniones que esta crisis ha generado a lo largo de la historia, tanto en positivo como en negativo. Sin embargo, lo que de verdad le interesa a la ciencia litúrgica es considerar este período como un proceso complejo en el que se alternan distintos factores y se asiste a un desarrollo natural y crítico del culto cristiano.

Acerca de la piedad litúrgica el autor afirma que se trata de la aceptación íntima del culto por parte de cada creyente, y la explica recurriendo a la metamorfosis que sufre desde el cristianismo primitivo hasta la irrupción de lo que llama “piedad misteriosa” (p. 115). Mientras que el cristianismo primitivo vive y hace experiencia de la novedad de Cristo en la realidad ontológico-escatológica de la Iglesia, la derivación hacia lo misterioso provocó una consideración mayor de lo referido a lo arcano, lejano y trascendente que, aunque en un primer momento con claros paralelos con los cultos misteriosos paganos, sin embargo tuvo que ser desligada de los mismos entendiendo teológicamente la palabra *mysterion*, lo que permite al creyente la actualización de su fe en la celebración cultual.

Seguidamente el profesor se detiene en explicar que, tras la *pax constantiniana*, la Iglesia comienza a vivir de forma experiencialmente nueva el culto, especialmente a partir de la situación misionera de la Iglesia que provoca el contacto directo con el paganismo. En esta línea son especialmente importantes el espacio de la celebración y lugares santos (celebración comunitaria de lo sagrado); los elementos celebrativos destinados a la ceremonia (solemnidad); la celebración de la historia y para la historia (dinamismo histórico-salvífico); la diferencia entre lo sagrado y lo profano (santificación histórica y escatológica).

Como colofón del capítulo el estudioso aborda la realidad histórica del monacato en lo referente al culto. Comienza bosquejando, someramente, el origen y la época en la que surge este fenómeno religioso y sus presupuestos fundamentales. La reflexión se amplía enseguida en tres apartados que son la base inmediata del *ordo* bizantino y que se ocupan de explicar de qué manera el monacato favoreció una renovación importante del culto en la Iglesia, nunca al margen de ella; la centralidad del sacramento eucarístico para la vida del monje y su piedad litúrgica; por último el papel determinante que jugó el monacato en la experiencia cultual bizantina.

Preparado en las últimas líneas del capítulo anterior, el estudioso pasa directamente al cuarto y último capítulo, que contiene intuiciones geniales acerca de la *lex orandi* bizan-

tina. Precedidos por una breve indicación histórica sobre la formación del *ordo* bizantino, siguen tres apartados que el autor denomina “estratos”, en los que presenta la formación histórica definitiva del culto en la Iglesia ortodoxa.

El primer estrato es el preconstantiniano: los tres ciclos de la liturgia y la Eucaristía aparecen como los rasgos fundamentales de esta primera fase en la formación del *ordo* bizantino, incluyendo las prácticas que de ellos se deriva. El segundo estrato es el secular, donde convergen los elementos litúrgicos a partir de la era constantiniana y la piedad litúrgica: en este momento, de cara a la formación del *ordo* bizantino, cobran especial relieve el canto y la música, la representación escénica del ritual, la gran cantidad de elementos rituales y de fiestas, y la veneración cada vez más prolífica de los santos; el autor afirma que en este momento de la formación litúrgica bizantina comienza a darse una nueva concepción del tiempo, debido a la estrecha conexión entre las fiestas sagradas y los ciclos naturales de la vida (p. 201), lo que evolucionó en la formación del calendario eclesiástico. El tercer estrato es el referido al monacato donde resaltan la vida cultural reglada, el ayuno mejor espaciado en los ciclos del tiempo y la praxis eucarística, que pasó a ser continua y frecuente.

A continuación el estudioso propone su síntesis entre las distintas praxis litúrgicas analizadas, es decir, la secular y la monástica, desembocando así en una serie de consideraciones muy interesantes: la piedad monástica pasa a ocupar el puesto más importante en la vida litúrgica de la Iglesia; la formación del *typicon* definitivo, y del *ordo* de Jerusalén, el más antiguo y normativo, el *ordo* estudita y los *ordines* posteriores, todos ellos derivados del primero.

El capítulo, y la obra entera, concluye con una evaluación exhaustiva del *typicon*: páginas tenaces donde el autor aborda la problemática actual del *ordo* bizantino, no desde la añoranza del pasado como espectáculo del presente, sino como recuperación vigorosa de aquellos elementos rituales que hoy puedan mover el corazón de los fieles; asimismo advierte de ciertos peligros, errores o contradicciones que pueden sobrevenir a ciertas prácticas culturales. Pero más que concluir, el estudioso asegura que pretende “suspender” el tema para provocar ulteriores estudios teológicos (p. 246-247). Esta *Introducción a la liturgia* se cierra con un breve vocabulario que sirve de apoyo para comprobar los conceptos griegos empleados en el desarrollo de los capítulos.

El autor escribe magistralmente estas sustanciosas y detalladas páginas, llenas de ejemplos y manifestaciones históricas esenciales, así como del apoyo de numerosos autores y especialistas en la materia. Durante todo el recorrido de la obra se sirve de algunos conceptos clave con los que argumenta sus comentarios: historia, evolución y escatología, vía intermedia entre viejo y nuevo culto, eclesiología, dogma. Una *Introducción a la liturgia*, en definitiva, útil y estimulante para la ciencia sobre el culto cristiano.

José Manuel Sanchis Cantó